

a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15 – 04 – 2015

En aquel tiempo Jesús dijo: “te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños. [...] Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontrareis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga es ligera” (Mt 11, 25. 28-30).

Hoy, esta invitación de Jesús se dirige a cada uno de nosotros: nos encontramos cansados, oprimidos, apenados, por todo lo que pasa en el mundo, a nuestro alrededor y... en nosotros mismos. Nuestro corazón parece que esté oprimido.

Jesús nos habla de mansedumbre que siempre va ligada a la humildad: se trata de dos cualidades quizá poco reconocidas hoy, y que han tomado una connotación no del todo positiva. Pensamos que la persona mansa es aquélla que se somete, que no toma iniciativas ni afronta los conflictos, que es una persona débil, pasiva, que sucumbe. Una persona quien tiene miedo.

La persona mansa, ciertamente, no está muy de moda en nuestra sociedad, donde hay violencias, agresividad, agitaciones. Donde se lucha por la conquista del poder, de la fama, del dinero... por emerger y aplastar al otro... por demostrar la propia fuerza.

Y, sin embargo, Jesús, el Resucitado, que ha vencido la muerte, nos dice que Él, nos puede aliviar si aprendemos de Él, que es *manso y humilde de corazón*.

La persona mansa de corazón, es la que sabe controlar sus propias reacciones, sobre todo la cólera y la ira. Es la que no se irrita ante el mal y no se deja arrastrar por las emociones violentas. Su mansedumbre no tiene nada que ver con la debilidad o con el miedo. No es cómplice con el mal o con la ley del silencio.

La mansedumbre es fruto del Espíritu Santo. Deriva de la experiencia de haber conocido a Dios como Padre, que nos ha sido revelado por Jesús, el Cristo. Y Jesús nos repite hoy a todos: *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*.

Si nosotros le pedimos al Espíritu Santo que nos ayude a imitar a Jesús, podemos estar seguros de que nos lo concederá. Y entonces tendremos la “fuerza de los mansos”, es decir, una gran fuerza de ánimo, que implica el dominio de sí mismo, la temperancia, la alegría, la paz. Y con estas armas potentes, y no violentas, seguramente que contribuiremos a mejorar nuestra sociedad y a realizar un mundo más justo, respetuoso, abierto al diálogo, a la confrontación, a la esperanza y a la paz. Contribuiremos a conseguir un mundo mejor.

En este mismo sentido alentaba Magdalena Aulina, que invitaba a todos, sin distinción alguna, a ser perfectos, *como Dios, nuestro Padre, es perfecto*. Y, en consecuencia, a seguir el Evangelio, a ser dóciles a las inspiraciones del Espíritu, para gozar de todos sus dones y sus frutos. Solamente así se puede ser cristianos auténticos, personas humildes y pacíficas, llenas de la fuerza del Espíritu Santo, y que con esta fuerza se comprometen a superar las fuerzas del mal con el bien, con la paciencia y la mansedumbre, con el amor y el perdón; con la paz.

Magdalena sabía que para vivir la virtud de la mansedumbre es necesaria una gran fe. Es necesaria una vida de oración y de unión con Dios, que nos vuelve mansos de corazón y nos da fuerza y calma espiritual, inalterable, confiada. Nos da la paz verdadera.

